

Lo había logrado. Era exactamente como un sueño. Estaba convencido de que esa teoría era la correcta; si no, por lo menos la más cercana. Todos los días le añadía un elemento nuevo, soporte necesario para el acervo cultural requerido. Claro, había algunos que aún no se podían explicar, por esa misma carencia cultural, pero bastaba con no tocarlos y eludir las discusiones en que éstos se veían involucrados.

"El miedo a no ser reconocido", ése era el punto que daba principio al trabajo y que debía estar siempre presente en él, no como hilo conductor o principio rector, sino como espíritu de creación. Había que lograrlo, tomando en cuenta la antítesis conceptual que derivaba del mismo conocimiento dialéctico de la semántica. El elemento o elementos contrarios a ésta, eran los únicos que provocaban la concientización de sus sentido y, avanzando sobre el método, los contradictorios u opuestos eran, a su vez, de los que se podía valer para demostrar su carácter imprescindible, su razón, su genialidad.

Polémica tanto menos llamativa como desafío disciplinario, pero mucho más interesante como estructura y esencia, resultaba la que por un lado argüía que la realidad no era otra cosa que el último recurso para la falta de imaginación, o en todo caso, el adorno superfluo, falla incomprensible e inaceptable en los grandes. Lo válido estaba inmerso en la inspiración, la fantasía, "tantas fantasías que deambulan desnudas y que sólo unos cuantos son capaces de atrapar", el sueño y su fuerza aproximativa y última secuela: el ensueño, explicado como la conjunción del hartazgo al que lleva el prosaísmo de lo real y su necesaria salida, que no fuga, hacia atmósferas exquisitas, espléndidas. Y por el contrario, quienes afirmaban categóricamente que todas las grandes creaciones no eran más que una acumulación de conocimientos sociales y de la sociedad de los primeros, en tanto que adquiridos individualmente, sin dejar de ser un sujeto social, sin prescindir de la existencia y colaboración como tales, obligadas o no, pero sí involuntarias en el desa-

rollo, y de los últimos, porque representaban un arsenal histórico producido por ésta misma en sus distintas etapas de evolución (que para él no eran otra cosa más, que la ansiedad por elevarse al camino de la potencia pura, el convencimiento general, a nivel de individuo, de que lo cotidiano resulta una blasfemia).

Se inclinaba por la primera apreciación. Y este hecho, vacuidad que reforzaba su cuasi-teoría (no por utilizar un término peyorativo; sí, en cambio, por las razones anteriormente referidas), aunque fuera expresado en el terreno de los oponentes, no podía menos que llenarlo de júbilo; por lo que esa tarde descorchó tres de *Oppenheimer*, que entraban en los cálculos, sensaciones y excitaciones de la necesaria salida, sin importar que el camino anterior, vidrio oscuro que se derrama en la convexidad de la luna clara y se lleva a los labios, formará parte de la banalidad; la experiencia verdadera y estrictamente forma en el plano de las imágenes y los cristales inmateriales, que tenían como función diversificar la luz e impregnar de belleza todas las figuras, aún las que se encontraban fuera del alcance de sus aristas inastillables, intocables, inmateriales, indestructibles, empezaba con la degustación del líquido cuando la lengua transustanciaba su conformación en gotas multicolores donde el tono original y vulgar del licor quedaba expuesto a las transformaciones, en pequeñas escalas esféricas de colorido inexistente, de la bóveda infinita.

No había regreso. Su fin derivaba en una evolución, un avance gigante, del cual no era ni podía ser consciente, la gente "cuadriculada", el público acostumbrado a la deshonestidad de la vida habitual. Su objetivo ascendía, cada vez con mayor impulso, hacia la aproximación a la pureza; una pureza y una honestidad entendida no como el pudor mojigato y llano del mundo, sino como el acercamiento a la misma pureza, transformada ya para entonces, según la cuasiteoría, en dialéctica del pensamiento inconsciente, es decir, del sueño consciente, y el chiste no formaba parte de esta ascen-

---

sión, puesto que alcanzaría denotaba como condición necesaria, la fe en la alegría pura y en la pureza de la alegría, que no son iguales, ya que la primera indica la forma más acabada de ésta, en tanto que la segunda se refiere a la inocencia de la misma, que es de igual forma, punto de partida para el hallazgo de la primera, cuando ésta se equipara con el nivel, no con la formalidad ni la esencia, sino con el espíritu de creación y el ensueño de la excelcitud del sueño fantástico "aquél que viaja sin ofrecer la oportunidad de ser atrapado, totalmente, y que para evitar ese cautiverio, ataca con residuos de fantasía que no son otra cosa que defecaciones bien vestidas y dispuestas a dejarse cautivar por algún inocente del *vox populi*", que posteriormente se dará a conocer, por lo mismo, en ese ámbito, sin contar ni siquiera con la posibilidad de rebasar, en ningún momento, sus propios límites, que el *vox populi* le ha impuesto, razón por la que no podrá convencerlo de la esencia misma (y qué bueno, porque de ser así, derivaría en desastre) que ni aquél logra entender.

Por eso, el simple acto de abrir tres de *Oppenheimer* tenía tanta importancia; era la consecuencia lógica, el reconocimiento tácito a ese trabajo pensado y forjado durante tanto tiempo, la aceptación oficial a una teoría anónima que pronto restallaría en las cabezas de los opuestos independientemente de que no fuera directa, muy aparte de que el premio fuese otorgado, como pensaba convencido el público que ni siquiera estaba al tanto de la cuasiteoría, por otra labor, pero que derivaba en una estrecha correspondencia con ésta, y que lo conducirá, a él, a la fama, situación que enganchaba perfectamente con su principio de espíritu, sobre el cual había descansado, y aún seguían naciéndolo, todo el coraje y la fuerza de su trabajo. Ese principio surgido del desdén hacia quienes se dejaban vencer, hacia los que no habían sido capaces de acumular una cultura que les permitiera comprender la prodigiosidad de lo desconocido, y por

último, hacia aquéllos que contando con el acervo necesario, sólo se empeñaban en contradecir cosas que no habían invivido: no era posible fundamentar las objeciones en lo vivido, ya que la genialidad de la cuasiteoría radicaba precisamente en el más estricto respeto hacia lo no vivido, sin considerarlo como aleación o elemento semejante a la muerte, ni mucho menos que decir, al surrealismo, que, por el contrario, estaban insertados totalmente en el proceso de la vida, o en concepciones derivadas de ella.

Este era el eje central, y por eso se hacía necesario no rozar, ni siquiera, cualquier punto que llegara a correr el riesgo de derivar en una discusión, en donde lo vivido y lo invivido se equipararían como iguales, cuya única diferencia radicaba en la semántica, o como decían aquellos irrespetuosos, en la trampa de la palabra.

Definitivamente ellos no podían entender el desprecio hacia la realidad como una categoría de la conciencia, sino solamente, como un atentado contra la razón y el humanismo; claro está, cuando nunca habían vivido lo invivido, o viceversa, que no es lo mismo, pero que fundamenta su estructura en la misma esencia, es decir, que las dos proposiciones, abordándolas tanto del lado de lo invivido, como de su opuesto, se basan en una estructura de la cual el éter es la piedra angular, el alimento, el motor que les proporciona realidad e irrealdad posible e imposible, que los impulsa hacia la imposibilidad de lo vivido irreal, o hacia la posibilidad de lo invivido real, y que sintetiza en la posible imposibilidad de lo irreal vivido en la invivida realidad, que asciende hasta la pureza y el principio del sueño del espíritu dialéctico, para asociarse con la pureza de la alegría fantástica y con la alegría pura de la fantasía.

De cualquier forma, como concluyera su cuasiteoría inacabada, o su finalizado bosquejo, lo im-

---

portante era que el premio estaría aguardándolo en dos días más: el premio y los días reales o el fracaso y las noches irreales; fuera el nombre que se les diera, ahí estaban también las tres de *Oppenheimer*, o el líquido que se metamorfosaba en esferas de multicolores musicales, que no de multimusicales colores, puesto que la música estaba del otro lado, como un aliado estético, filosófico y conceptual de su teoría, que era, por sí misma la que aprendía y expresaba el verdadero valor de lo expuesto (y no él, sujeto real por más que no lo admitiera, se apretaba las sienes, después se frotaba el líquido irreal de sus poros reales, por supuesto que también podían ser fosas conductoras al y del vacío, el perfecto y enorme vacío; ya había pasado por el inicio, la degustación y las fases posteriores en su epidermis hinchada por el exceso), la que merecía justamente el premio.

Por supuesto. Eso escribiría para el discurso de agradecimiento que leería parado, tal vez irrealmente, pero sobre un banco material; su voz acaso inexistente, chocaría contra las celdas del micrófono y recorrería los cables hasta llegar a una caja de resonancia acústica, en donde, no obstante el aparente el aparente encierro (y aquí pensó que su cuasiteoría encontraba un nuevo pilar, quizá el último, el faltante, así que elaboró una ficha mental con el objeto de abordar posteriormente el caso, ya con mayor tranquilidad), sería proyectada hacia ese espacio incomprensible para el público, en el que se hallaba la barrera que separaba los dos campos; sí, porque esa alineación oral, se transformaría en proyección auditiva, lo cual provocaría un giro no solo en su forma, sino también su sentido; no es lo mismo hablar que escuchar.

Pero eso no cambiaba el hecho de que iba a ser oído por un auditorio real, a sentir el propio aliento real que chocaría contra sus dientes y sus labios, a recibir un premio real; ni mucho menos, tampoco, el momento que ahora vivía: tomaba un

bolígrafo y unas cuartillas para escribir letras reales sobre papel real (¿o acaso teclearía sobre una máquina de escribir, y lo mismo, sobre cuartillas, produciendo algunas cuantas palabras que aparecerían en el horizonte seccionado de la máquina, a espacios uno, dos, tres, según su gusto?).

Tomó una decisión, aunque anteriormente no la hubiera considerado ni siquiera como posibilidad: incolocó a su alcance la máquina de escribir, e inscribió sobre hojas reales que no por eso habían sido enroladas en el carrete.

Intelectó botellas, testigos reales de su irrealidad, contra la ventana que expulsó toda su belleza en inastillas de vidrio; caminó sobre la vítrea inalumbra, y un rojo real acompañó a sus pasos, arrastrándose y encostrándose en el estampado persa, hasta que se transformó, de línea reptante, en río caudaloso que ascendía hacia la pureza y el principio del sueño del espíritu dialéctico, hacia el ensueño alegre de la fantástica pureza, hacia la alegría pura del ensueño fantástico, y cubría algunas de las múltiples formas de la habitación, dentro de las cuales, él quedaba incluido.